

## ECUADOR EN LA PROSA DE JORGE CARRERA ANDRADE

Luis A. Aguilar Monsalve

Hablar o escribir sobre la obra de Jorge Carrera Andrade es investigar e interpretar, por lo general, su gran poesía. Este análisis va a tratar de resaltar su prosa, a la que no se le ha dado su debida importancia, quizá, porque no apoya o no forma una parte integradora dentro de su arte poético. Pero, en este autor no es fácil separar el hombre del estilo probo, la naturaleza de su arte único, el ensayista del poeta. Sin embargo, antes de embarcarnos en una crítica objetiva de su obra, debemos enfatizar que dos grandes aspectos de su preocupación como autor tienen que ver con su amor por el Ecuador y el haber vivido fuera de él. Este leitmotiv existencial ha servido de base fundamental para toda su producción. En 1970 publicó *Libro del destierro* en el que se anida el sentimiento del exilio y lo eleva de un plano real a uno metafísico, complejo y nostálgico. Debe recordarse que en más de sus cuarenta años de vida fuera del Ecuador, con breves intervalos de estadía en Quito, la nostalgia de la ausencia contribuyó a que su trabajo se nutriese y se hiciera eco de un legítimo sentimiento de añoranza por su patria y de su condición de ausente. Todo esto escrito con elegancia, cuyo producto final «despierta momentos de enorme importancia, como situaciones de gran excitación de pasiones y emociones tiernas que fluctúan entre observaciones de hechos precisos a narraciones de escenas y episodios, evocación de disposiciones de ánimo y descripciones de un ocaso» (Beardsell: 37).<sup>1</sup>

Su presencia fuera de la poesía es diversa, demanda una clasificación que estructure el pensamiento de Carrera Andrade y se vea que aún su contribu-

1. El trabajo de Peter Beardsell, aunque parco en el análisis de la prosa de Jorge Carrera Andrade, me ha ayudado en la diagramación estructural de mi ensayo. (La traducción es mía).

ción antipoética robustece la creación de uno de los más grandes vates del siglo XX de Hispanoamérica. Existen 21 trabajos en prosa que fueron escritos entre 1933 a 1973; este análisis cubrirá con mayor detalle algunos de ellos. Los hemos dividido en ocho categorías:

1. Autobiográfico
2. Autocrático
3. Ensayos
4. Historia del Ecuador
5. Lugares
6. Personalidades
7. Perspectivas
8. Rumbos

De estas divisiones, la más interesante es el material que se refiere a la historia del Ecuador. En calidad de ecuatoriano y diplomático, Carrera Andrade se topó con una realidad desagradable: el país en el extranjero no era conocido, había mala información, los gobiernos no se preocupaban por crear una política de difusión estable, continua y profesional de interés y ayuda. Movi-do por un sentimiento de *pathos*, moral y de trabajo, el poeta destinó varios años a la preparación de *El camino del sol*. Esta obra tiene una introducción que da a conocer las civilizaciones antiguas y los primeros pobladores. El Libro I, cuyo título es *El fabuloso reino de Quito*, está dividido en tres partes: «La Esmeralda emblema de los Reyes Caras», «Guerras de los Incas en contra de los Hombres de las Nubes» y «Del Dios del Trueno al Soldado del Arca-buz». Su valor radica en la presentación de las tribus autóctonas, la conquista incaica y la llegada de los españoles en busca de riquezas y propagación de la fe católica y romana. El Libro II titulado *La tierra siempre verde* tiene tres partes: «Sobre las ruinas del Reino de Quito», «El gran cortejo de la Colonia» y «Quito en el Siglo de las Luces». Se refiere al período comprendido entre la colonia bajo la tutela de España y los primeros albores de un estallido inde-pendentista. Los rebeldes estaban influidos por la Revolución estadounidense de 1776 y la francesa de 1789; además, se sublevaron por el paupérrimo go-bierno monárquico que no atendía las más básicas necesidades de las regiones al otro lado del Atlántico.

*El camino del sol* no se ciñe a un análisis y crítica históricos, tampoco es una obra académica que intenta dilucidar los intrincados temas y complejidades de un período en la historia de un sector de América Latina. Su función se vuelve a repetir: es la de dar información adecuada en Europa, y así contri-buir a la escasez informativa por la que atravesaba la difusión cultural ecuato-riana. Es de notar la excelente bibliografía que se encuentra al final de los li-

bros, investigación realizada en las grandes bibliotecas de París, en particular en la Biblioteca Nacional. Se debe colegir, a este punto que, a través de las crónicas, misiones científicas, culturales o literarias, Europa y Francia, en particular, estaban informados de lo que pasaba en el antiguo Reino de Quito:

Durante las horas que yo dedicaba a documentarme sobre los temas destinados a su publicación en *El Correo de la [Unesco]* pude comprobar la escasez de información y de libros sobre la historia del Ecuador. El nombre del País despertaba, aun en las mentes cultas, las más inesperadas resonancias africanas. Todos abrían tamaños ojos de sorpresa cuando se les decía que el Ecuador era un país de habla española que se había distinguido por su cultura desde la época colonial, que poseía una veintena de nevados y estaba situado en la América del Sur. Me propuse efectuar una investigación minuciosa en la Biblioteca Nacional de París, con el fin de compilar la mayor cantidad de datos sobre la historia ecuatoriana... La cosecha rebasó todas mis esperanzas. (Carrera Andrade, *El volcán y el colibrí*: 222).

Por otro lado, otras repúblicas hispanoamericanas tenían la suficiente información disponible como para demostrar que sus gobiernos estaban conscientes y preocupados por dar al mundo una entrada intelectual a sus respectivas culturas y quehaceres republicanos. Esta falta de responsabilidad ecuatoriana ha sido un mal perenne que sentimos aún en nuestros días; una política de Estado, por cierto, inexcusable.

Así como se entusiasmaba por dar a conocer la historia ecuatoriana, se interesaba también por ofrecer una perspectiva seria de la producción literaria y de la cultura de su país. En 1959 publicó *Galería de místicos e insurgentes: la vida intelectual del Ecuador durante cuatro siglos (1555-1955)*. Consta de dos secciones: «La cultura en los tiempos coloniales» con once capítulos y «El Ecuador literario durante la república» con trece. En la primera parte, se absorbe un ambiente místico que justifica la literatura de base religiosa preponderante en la colonia. El VIII «Ignacio Flores, primer escritor satírico de América» llama la atención por el papel que desempeña un súbdito de la Real Audiencia de Quito en España y en Perú: «Flores era comisionado por el Rey para someter a los Catari, en el Alto Perú, y en esa campaña el latacungueño demostró singulares dotes de habilidad y conocimiento de la psicología de los pueblos indígenas, llegando a pacificar la región sin mayor derramamiento de sangre. En reconocimiento el eminente criollo fue nombrado Presidente de la Real Audiencia de Charcas» (*Galería de místicos e insurgentes*: 70).

Asimismo, en la primera división, es interesante el capítulo XI «José Mejía, voz del Nuevo Mundo en España». El autor afirma lo siguiente:

Mejía Lequerica imponía respeto cuando su voz resonaba, con las diversas entonaciones del espíritu americano, en el recinto de las Cortes de Cádiz, donde los

patriotas deliberaban al amparo de la estatua de La Libertad. Ninguna voz se elevó en España a la altura de la del Diputado originario de Quito, que por vez primera traía a las tierras peninsulares el mensaje del Nuevo Mundo, mensaje de un pueblo que había decidido ser libre... El poder de persuasión, la riqueza de conocimientos, la habilidad parlamentaria y la sutil elocuencia de José Mejía contribuyeron a la emancipación de América tal vez en mayor grado que las expediciones militares del gran conspirador hispanoamericano Francisco de Miranda. (93)

El resultado final de esta producción consiste en la revisión de los géneros literarios usados en Ecuador con sus respectivas representantes; el cuento ha sido omitido. Se suma a esto el avance del pensamiento científico, político y social que ofrece al extranjero una idea del desarrollo intelectual que ha tomado lugar en este país suramericano. Por la generosa existencia de datos, fechas y personalidades sufre de un análisis algo ligero, pero el intento de una perspectiva literaria y cultural es el de dar, a grandes rasgos, una idea general para que el lector interesado en la obra profundice tal o cual asunto que encontró de interés. Siguiendo esta misma línea, Carrera Andrade, en 1965 bajo el auspicio de Publicaciones del Institut d'Etudes Hispaniques de la Universidad de París, presenta *Retrato cultural del Ecuador*, un trabajo mucho más didáctico e interpretativo. Aunque sigue su afán por ilustrar a los europeos e invitarlos a que se interesen en la cultura nacional y en lo bello de su naturaleza y de su pueblo, su argumentación y su estructura son más académicas. Adquiere una dimensión real, convincente de lo que es Ecuador y ha producido con tesón y profesionalismo a través de los años. Corre un sentido de humor fino acompañado de «una prosa rica, dúctil y bien trabajada». (Gómez-Gil: 532).

Otro libro, *Presencia del Ecuador en Venezuela*, publicado en 1963 consta de cuatro partes: «La cuestión territorial», «Cuestiones culturales», «Cuestiones históricas» y «Discursos bolivarianos». Los capítulos más interesantes son el segundo y el tercero, si nos referimos al entusiasmo que tenía por dar a conocer la historia y la cultura ecuatorianas. Hay un genuino amor y admiración hacia las etnias autóctonas de la región, cuando en los años sesenta, los indígenas vivían mal y eran tratados como acémilas.

... el Reino de Quito poseía la mejor calzada del mundo en el siglo XVI y el más perfecto sistema de correos o «chasquis» en la época en que las comunicaciones eran lentas y difíciles en Europa, por sus malas carreteras. Pero, no solo existían postas, caminos y puentes en el Reino de Quito sino también observatorios astronómicos, albergues gratuitos para los extranjeros en tránsito, depósitos de ropas y alimentos destinados a ser distribuidos al pueblo en las épocas de escasez. Es decir, que había una notable organización social para el bienestar público. Más aún, allí existía el trabajo en equipo, que algunos países modernos creen haber inventado. (Carrera Andrade, *Presencia de Ecuador en Venezuela*: 45).

Una de las constantes dominantes que se encuentra en su obra es la preocupación por la situación del aborigen ecuatoriano, un ciudadano de tercer orden. Recuerda y se une a la protesta airada y firme de los ensayos de Pío Jaramillo o de Luis Monsalve frente a este mismo tema o trae a la memoria *Huasipungo* de Jorge Icaza en el ámbito nacional. En esta novela se muestra una profunda inquietud social por el indio y su compromiso es exponer los abusos existentes de que es objeto diario. En lo hemisférico, uno puede remontarse hasta llegar a Clorinda Matto de Turner que en 1889 publicó *Aves sin nido*, la primera novela de América hispana que presenta el problema social del indígena. En 1919 Alcides Arguedas nos da *Raza de bronce*, en la que se descubre una vasta preocupación por el conflicto social del andino, más que por lo psicológico. Gregorio López y Fuentes en 1935 escribió *El indio* en donde se ve todavía la explotación del blanco, veinticinco años después de la Revolución Mexicana, una de las pocas, significativas de América Latina. Pero *El mundo es ancho y ajeno*, de 1941 de Ciro Alegría es posiblemente la más representativa y real de este tipo de narrativa por su equilibrio dentro de los hechos histórico-sociales y, en particular, por la realidad social indígena. Carrera Andrade contribuye, de una manera positiva en este campo, al esbozar toda la tragedia de la psicología de un pueblo, su interiorización metafísica, lo paradisíaco y lo primitivo de la naturaleza. Suma a todo esto el desgaste del ser humano que evoca la alienación del mismo al ofrecer en su creación lo imago del hombre ecuatoriano tanto espiritual como antropológico.

Carrera Andrade en *El camino del sol* nos da un elemento nativo casi idílico, se ayudan entre ellos, viven en paz y en armonía con la naturaleza. Describe las civilizaciones indias primitivas, antes de las invasiones de los incas y de los conquistadores españoles. Al referirse a los huancavilcas, señala que «eran de carácter animoso y resuelto y cumplían sus tareas diarias con alegría. Todos llevaban en la cabeza una corona de conchas menudas, de cuentas de plata o de piel de puma. Iban calzados de sandalias de fibra y lucían el torso desnudo. Únicamente en las grandes ocasiones se cubrían con una camisa de color» (*El camino del sol*: 31).

En la tercera parte, referente a las cuestiones de historia indicará:

La semilla sembrada en Quito produjo una mies de lanzas en los llanos de Venezuela. Las nubes del Pichincha anunciaron el trueno de Caracas, y la tempestad épica conducida por Bolívar y Sucre recorrió las tierras americanas, desde las orillas del Mar Caribe hasta el refugio andino de los aymarás —en la actual Bolivia— rompiendo las cadenas coloniales. Así, la Diana de Quito, en el amanecer del 10 de Agosto de 1809, preludivió las victorias cenitales de la Gran Marcha Libertadora. (*Presencia del Ecuador en Venezuela*: 90).

Lo territorial se justificaba en aquella época, bajo circunstancias de tensión y de otro tipo de política exterior, por eso el autor se inicia con dicho tema. En 1960, Carrera Andrade era uno de los diplomáticos elegidos a presentar la tesis ecuatoriana de la invalidez del Tratado de Río de Janeiro de 1941 ante los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile, que sirvieron de garantes con el de Estados Unidos. En este mismo año, este último país entraba a formar parte de los regímenes involucrados en la Segunda Guerra Mundial, después de la invasión japonesa de Pearl Harbour. Estados Unidos quería la seguridad de un Hemisferio Occidental unido para concentrarse en una fuerza letal en contra del gobierno de Alemania —y sus aliados— que se encontraban en el epítome de la gloria. Ecuador aceptó la imposición. Luego, en octubre de 1998, los dos gobiernos firmaron la paz después de más de cincuenta años de disputa.

Los *Discursos bolivarianos* siempre estarán en vigencia, cuando se trata de valorar y revivir el legado del más grande libertador de América: «En cuanto a la doctrina bolivariana es todo un sistema filosófico-político que ofrece las soluciones más adecuadas a los problemas de nuestros pueblos, desde el respeto de la libertad individual y los derechos humanos, dentro de una colectividad unida por el civismo, hasta la Reforma Agraria, la introducción de los principios morales en el Derecho Internacional y la unión de nuestras naciones para hacer frente al futuro». (114).

Uno de los intereses más espontáneos de Carrera Andrade fue presentar la belleza natural del Ecuador, lo que se logró dentro de una producción artística y su cultura en general. En 1943 nos da *Mirador terrestre*, un libro generoso en la apreciación de las riquezas espirituales y materiales del país, que no sigue una estructura severa de la historia ni tampoco pretende ser una tesis académica. Hay datos, hechos y nombres de autores que ayudan a conocer mejor a Ecuador, aunque desde el inicio se deja interesar por separar lo que es realmente autóctono y lo que es peruano desde tiempos inmemoriales. «Hay mucha gente que confunde la civilización precolombina del Ecuador con el Perú. No; los ecuatorianos no son Incas. La dominación incásica no duró más de cincuenta años en el Ecuador... En este medio siglo, durante treinta años ocupó Quito el puesto de Imperio Incásico. Quito fue la ciudad de la Corte y de la Política... Y es que Quito era ya una Capital de venerable cultura» (*Mirador terrestre*: 13).

Este libro tiene dos secciones, la primera es la «Ubicación histórica y geográfica» y la segunda, «La cultura ecuatoriana». Sobre Juan Montalvo, por ejemplo, nos dice: «Montalvo logró elaborar una prosa sinfónica y coloreada, que se saborea con deleite como un vino añejo. La nobleza de sus ideas y la gallardía de su actitud han servido de ejemplo a varias generaciones latinoamericanas... Se puede afirmar que con Montalvo dio comienzo una especie de renacimiento de la literatura en el Ecuador» (50). Galo René Pérez, uno de

los críticos y biógrafos mejor versado sobre este autor, ha analizado su vida, su compromiso de hombre luchador y su producción literaria: «[A Juan Montalvo] lo que le interesaba era la rehabilitación del país y la salvación de las instituciones legales». «... No quiso aceptar otra tarea que la de su sacerdocio literario. La literatura era su atmósfera. Únicamente a través de ella cumplió su memorable destino». «...Nadie, en todo el ámbito de la lengua, había manejado el insulto con más eficacia ni alarde estético». (Pérez: 126, 127, 128). No sorprende, entonces, que Miguel de Unamuno «solía decir que los libros de Montalvo eran sus «libros de cabecera» (Carrera Andrade, *Mirador terrestre*: 49-50).

Con los conquistadores españoles, el autor es más enérgico y menos tolerante en lo que se refiere al trato que se daba a los aborígenes, aunque reconoce la labor cultural que existía gracias a los europeos: «... los colonos... sobre todo, organizaban la explotación del suelo y de los indios». «Durante la dominación... el indio fue destinado generalmente para el acarreo y el duro trabajo de las minas». «Los indios huían a la vista de los cazadores de hombres y se hacía cada vez más difícil el trabajo...». España se dio cuenta de que una política de exterminación del elemento humano conduciría fatalmente a la destrucción de la riqueza y el aniquilamiento de la colonia y dictó un «código de leyes para el gobierno, protección y libertad de los indios» (*Camino del sol*: 161). «Gonzalo Pizarro, quien hizo dar muerte a los amigos y partidarios del Virrey Blasco Núñez de Vela, fue portador de instrucciones especiales del Rey de España para el mejor tratamiento de los indios» (*Mirador terrestre*: 28, 33). Es decir, los primitivos habitantes con la llegada de los blancos pasan de un estado de nobleza natural, a una degradación y deterioro. No obstante, anota que en la Audiencia de Quito, «Los españoles construyeron Observatorios Astronómicos cerca de los que tenían los indios, y levantaron iglesias cuya suntuosidad rivalizaba con las de España... Los Presidentes... fueron, casi siempre, hombres notables de la política, las letras o las armas... [se] fundó el Seminario de San Luis. Otros Magistrados trajeron la primera imprenta, fundaron las dos Universidades de San Gregorio y de Santo Tomás de Aquino y varias Bibliotecas y Academias Científicas» (28). Sin embargo, la posición de Carrera Andrade frente al fenómeno del nativo ecuatoriano es firme: la presencia española en Ecuador ha sido peyorativa, por eso, con datos concretos ha expuesto su visión a favor del aborigen y su oposición en contra de los invasores. Lo que es más, hasta la década de los años setenta, la situación de ellos ha sido tan mala como la de entonces, porque está llena de amargura, desilusión, fatalismo, melancolía y soledad. Esto debía haberle ocasionado una gran tristeza.

En 1933 salió *Cartas de un emigrado*, donde se encuentran un prólogo escrito en San Feliu de Guixols, 1932, seis cartas al señor Manuel Lozano en

Quito de contenido político. Todas están escritas entre el 10 de octubre y el 7 de diciembre y, algo que es una revelación, un capítulo de una novela inédita *Hombres en marcha* que se designa como intermedio. Tiene las características de un género indianista de protesta dentro del realismo social, en el que la literatura ecuatoriana adquirió prestigio nacional e hispánico con una narrativa violenta, soez y «el carácter proletario de la prosa... con su realismo desenfrenado, su lenguaje crudo y el uso desmesurado del dialecto —todo eso sin dejar de ser artística» (Menton: 218). La argumentación es típica: el hacendado, don Nicanor León, «era uno de los señores del suelo. Nieto de uno de los próceres de la independencia, del cual había heredado tierras, indios y animales, era venerado por los vecinos del lugar. Había hecho la donación de una pila bautismal a la iglesia del pueblo, por lo que el Cura lo citaba como un ejemplo de virtudes cristianas» (Carrera Andrade, *Cartas de un emigrado*: 57). Otros protagonistas son también víctimas del abuso y su miseria trasluce una realidad incambiable por siglos. El ejemplo más contundente y agudo de que el cambio no está en un futuro cercano es cuando Juan, otro personaje, se lamenta cuando no podrá estudiar más, no será capaz de aprender y mejorar: «—Ya no podré venir más a la escuela porque el patrón quiere que trabaje las mañanas en hacer adobes. Mi madre está muy mala desde que le maltrató el patrón... Nosotros no comemos todos los días sino un puñado de maíz. Nunca está contento el patrón, a pesar de que todos trabajamos en la hacienda como animales» (56). No se puede dejar de pensar al mismo tiempo en otro trabajo literario de denuncia, *El matadero* de Esteban Echeverría escrito en 1838 y publicado en 1871. Allí la crítica social es mordaz por los sufrimientos que padece el pueblo y cuya ecuación simbólica es: gobierno + Iglesia = matadero. Por otra parte, *Hombres en marcha* antecede en un año a *Huasi-pungo* de Jorge Icaza, un ejemplo de documento comprometido y testimonial de los años treinta. Alfonso Pereira se asemeja a Nicanor León en el trato negativo que da a los indígenas. Por otro lado, en el mensaje inflamatorio en contra del gobierno y la Iglesia se acerca al del argentino que es la figura más importante del movimiento romántico en Hispanoamérica. Coinciden en exponer la injusticia social existente; el grito desesperado a favor de los indios por un lado y, por el otro, la chusma herida presentada en tono exaltado, como característica romántica. Son víctimas ambas obras de la brutalidad, la codicia, la corrupción y el egoísmo o del gobierno, de la Iglesia o de los caciques. Sin embargo, uno tiene que darse cuenta de que el único capítulo sirve de base para un criterio analítico del tema de delación, lo que resulta incompleto, con poca profundidad y abarca mucho en muy corto espacio. Se justifica esta aparente debilidad estructural porque el autor nos da un momento para catar toda esa problemática fatalista, infame y repetitiva del labrador serrano. Tanto el mensaje como el tema en *Hombres en marcha* encierran las si-

güentes ideas y, de una vez, su pensamiento y posición inquebrantables sobre el aborígen ecuatoriano y su mísera realidad existencial:

1. Los indígenas viven en un estado deplorable desde hace mucho tiempo y no se avecina el momento de la transformación. Sus condiciones de vida son infrahumanas.
2. El papel de la Iglesia es de cómplice del mal en una actitud abusiva, hipócrita y paternalista.
3. El gobierno no hace nada para mejorar su condición servil. No se preocupa ni le importa su participación dentro de la vida nacional. No crea programas educativos idóneos de mejoramiento para su incorporación dentro de la sociedad. Si hiciese esto, todos se beneficiarían.
4. El resto de ecuatorianos es indiferente ante sus limitaciones. No hay un paliativo para mitigar su pena y su melancolía.
5. Por su filiación con el Partido Socialista, asume que éste sería el único capaz de cambiar su situación e integrarlo dentro de la vida nacional.
6. Entre líneas, Jorge Carrera Andrade parece evocar la idea de «si no hay participación, no hay progreso».
7. Aboga con fuerza por una Reforma Agraria.

En la cuarta de *Cartas de un emigrado* indica que el uso de latifundio es un anacronismo y afirma que «La tierra no debe permanecer amortizada, cuando los hombres que viven en torno vegetan en el pauperismo». «La reforma agraria no puede ser aplazada... sin traicionar los destinos históricos del Ecuador y la voluntad de una gran parte de nuestro pueblo que quiere sacudir ya ese resto de servidumbre que alienta en los campos». «El Socialismo debe... organizarse... y formar un frente nacional que exija al Gobierno la reforma». «[Porque tenemos que] incorporar a la producción las tierras baldías —tengan o no propietario— y los hombres —los indios— que hasta hoy viven al servicio del latifundio o que se refugian en las montañas porque nuestras leyes no les dan garantías de ninguna clase. EDUCACIÓN, TIERRA, TRABAJO necesita el proletario ecuatoriano» (32, 31, 30, 32). Se siente su preocupación con el *statu quo* operante y el deseo vehemente de llevar el cambio hacia delante de una manera consciente, decidida y justa.

La cultura de Hispanoamérica es otro tema que le interesa. Tanto en *Rostros y climas* de 1948, *Interpretaciones hispanoamericanas* de 1967 y *Reflections on Spanish-American Poetry* de 1973, Jorge Carrera Andrade expone la participación creadora del hispanoamericano dentro de la literatura universal. En *Rostros y climas* junto a los poetas José Joaquín Olmedo, Nicolás Guillén, César Vallejo y Gabriela Mistral aparecen T. S. Eliot, Pare Lorenz, George Dillon, Pierre Riverdy, Paul Valery, Walt Whitman, Mahatma Gandhi y Oscar

Vladislav de Lubiech Milosz, para enumerar unos cuantos representantes de diversas latitudes geográficas. Todos han contribuido en un desarrollo artístico a la grandeza del pensamiento del hombre, definido por el gran filósofo hispano José Ortega y Gasset, como animal racional histórico.

En el segundo capítulo de *Rostros y climas*, titulado «Geopolítica del Nuevo Mundo: la poesía con relación a la geografía», incluye México, Ecuador, Uruguay y Chile. Al país lo llama «Ecuador: la prisión verde» y agrupa a generaciones de poetas de una manera cronológica. Esa hermosa cárcel verde resulta a veces una «[p]risión... sin salida, para el hombre del Ecuador que considera a la muerte como el único fin de su encierro. Este sentimiento agónico y este anhelo de evasión se reflejan en la poesía ecuatoriana de todos los tiempos». (*Rostros y climas*: 164). Se inicia con los padres Pedro Mariano Andrade y Juan Bautista Aguirre «en pleno ocio colonial». [Huyen] «de la prisión verde, [para] escapar de la cárcel de montañas, salir de ese recinto amurallado que forman los cafetales de la Costa y los maizales de la Sierra! Los poetas emigran, apenas pueden forzar la puerta» (165). Luego vienen José Joaquín Olmedo y Nicolás Augusto González. Juan Montalvo, «el mayor poeta en prosa en nuestra América» (165) y Miguel Ángel Corral. Llega a la generación que brilla en los albores del siglo XX. Es «infortunada... desesperan en la prisión verde y buscan la mortal salida subterránea con singular exotismo» (165). Medardo Ángel Silva, Arturo Borja, Ernesto Noboa Caamaño. Después Humberto Fierro, Miguel Ángel León, Alfredo Gangotena, Ignacio Lasso. Enseguida, César Dávila Andrade, Arturo Cuesta Heredia. Incluye a Jorge Reyes y Augusto Sacoto Arias. De Gonzalo Escudero dice que «es el poeta mayor de la generación nacida en el primer lustro del siglo XX...» (166). Vienen César Andrade Cordero y los poetas más jóvenes como Alejandro Carrión, Enrique Noboa Arízaga y Galo René Pérez, éste sirve de ejemplo con su imagen poética para que «todos sueñen y esperen mirando el paisaje que vuela en el ojo líquido de la golondrina». «Todos trabajan abnegadamente en los diversos peldaños de esa terrestre escalinata de selvas, sembrados y montañas que es el Ecuador» (167).

En *Interpretaciones hispanoamericanas*, Jorge Carrera Andrade vuelve al análisis y a la meditación tanto de T. S. Eliot como de Rubén Darío. Se inicia con el peregrinaje a Oxford, la «Capital de la filosofía». «[La ciudad] está colmada de materiales múltiples: pasado, religión, moral, comercio, verdad, poesía. Tomás Moore, Hobbes, Locke no escriben en la arena como los filósofos de grabado de Monteville. Bentham anhela la felicidad del mayor número, alienta a Bolívar en su empresa de emancipación... envía a sus discípulos a que echen... la semilla liberal...» (*Interpretaciones hispanoamericanas*: 8). En Oxford se armonizan tres disciplinas: filosofía, poesía, política y el ayer con el hoy. Por la naturaleza, al árbol enlaza tanto a Keats, a Blake y a Eliot que están jun-

tos con Stephen Spender. En Eliot la originalidad, a diferencia de sus compatriotas, «reside en sus obsesiones: la omnipresencia del tiempo, la continuidad ciega de la vida, la similitud de las cosas y el mito de la sequedad de nuestro siglo». «Eliot es todo lo contrario de lo que suele llamarse ‘un poeta nacional’» (10, 11). Para Carrera Andrade el vate estadounidense-inglés representa una combinación espiritual sutil de la poesía: el humanismo con lo histórico-filosófico y lo universal.

En el caso de Rubén Darío y el castellano, Jorge Carrera Andrade compone una bella metáfora: «El mecanismo del lenguaje parecía atacado de herrumbre y los vocablos de repuesto chirriaban como rueda de carreta aldeana. De pronto, se produce un diluvio de música: es Rubén Darío. ¡Triunfo de la exquisitez y de la armonía, de la sutil ciencia del vocablo de ilustre prosapia! La palabra, de goznes suavizados, lleva airoosamente el poema como una carga de flores» (124, 125). El cisne, uno de los símbolos más fuertes del modernismo, se impuso en esa heráldica de belleza, onomatopeya y sinestesia sobre cualquier otra. La prosa abandonó su hábito de ser solo un instrumento narrativo y derrochó belleza por doquier. Se nutrió de neologismos y pagó su deuda de admiración a los parnasianos y simbolistas franceses. Lo que sirvió para dejar enriquecida una narrativa robusta a generaciones venideras. Por ello, «su lenguaje de sensual fastuosidad renacentista, por su expresión sintética y su don musical, por la audacia y novedad de sus temas, en resumen, por la destrucción de los férreos moldes hispánicos, Rubén Darío fue un Libertador de la Poesía Hispanoamericana» (127).

Otro grande de la poesía hispanoamericana analizado por Carrera Andrade es José Asunción Silva, a quien lo llama «El novio de la muerte» por su apego a la fatalidad y a su actitud de desilusión, de pesimismo lacerante y de ironía fina y acicalada. Modernista capaz de disputarse el cetro hispánico con el insigne nicaragüense. Llegó a ser uno de los mejores poetas líricos del momento, amigo de Baudelaire, Mallarmé y Wilde. Recuerda a Poe en la profundidad de lo lóbrego y del misterio. Silva alcanzó la fama con su inmortal «Nocturno III», una elegía a su hermana favorita Elvira, trágicamente fallecida a temprana edad. El poema «es uno de los... inmortales de la lengua española porque en él las palabras son casi llanto... No hay un tono más elegíaco en la prosa hispanoamericana de esos años» (217). Carrera Andrade no puede estar más en lo cierto cuando afirma que «Silva poseía un sentido real de la muerte... Para Silva como para Poe, el segundo capítulo del amor es la muerte». «José Asunción Silva creó en América una ‘poesía confidencial, en voz baja’... Aportó claros de luna misteriosos donde flota más bien una claridad de alma que un fulgor de astro» (218, 219, 217).

Al cernir la esencia de una temática dominante en los ensayos sobre la poesía en Hispanoamérica por Jorge Carrera Andrade y sin analizar en este traba-

jo cada uno de sus estudios por separado, debemos decir que se encuentra el siguiente resultado constante:

1. Una actitud poética del hombre nuevo de América que refleja la realidad nacional desde varios ángulos artísticos, espirituales, humanos, sensoriales, sociales y universales: «El hombre nuevo de América reconoce como su misión primera el descubrimiento espiritual de su continente nativo... [sigue] al mandato telúrico... Su capacidad de comprensión y su experiencia sensorial le llevan... a la síntesis. Su sentimiento de fraternidad humana... a su anhelo de solidaridad universal» (*Rostros y climas*: 119, 120).
2. En medio siglo de poesía, el poeta se ha movido en un mundo congestionado y materialista, donde el rumbo del género poético y la sociedad en Hispanoamérica están ligados por el aspecto creativo, objetivo y original que ha tenido sus consecuencias para el cambio y la contribución temática: «Nuestra época... ha transformado no sólo la materia sino también el mecanismo psicológico del hombre... La actual visión humana está dirigida hacia el exterior. Es planetaria y, más aún, abarca el cosmos... El hombre moderno está más cerca del mundo material que en la Edad Media o en el Romanticismo. Está más cerca que en la Edad Clásica o en el Renacimiento, épocas en las cuales el arte se consagró a la exaltación de la materia» (*Interpretaciones hispanoamericanas*: 263, 264).

Al enfrentarnos con estas ideas que circundan su visión poética del hispanoamericano y la relacionan en particular con el europeo, la gran diferencia separatista será que el poeta del Nuevo Mundo se enfrenta directamente a su realidad política, social y telúrica. Es el primero, con excepción de Rusia, que siente la necesidad de ser socialmente portador y expositor de las injusticias, de los males y de los temores de su pueblo. En lo segundo, el contacto natural con la tierra lo ata de una manera de *pathos* para evocar a veces piedad y tristeza. Además, el poeta de Hispanoamérica estará más consciente por los factores humanistas, cree que por los avances de la técnica y la cosificación del individuo. Asimismo, el europeo ha tenido ya su trajinar histórico de siglos, el hispanoamericano está fabricando un presente y alzando su vuelo hacia el futuro. «De igual manera, la poesía de Latinoamérica es diferente de la española o europea en general, desde que es el fruto del desarrollo sociológico de América y constituye un escenario en el avance de su pensamiento». (*Reflections on Spanish-American Poetry*: 20). Dentro de su propia poesía, Carrera Andrade es el abanderado indiscutible en la defensa a favor de la naturaleza y, sobre todo, un caballero del universo, «un hombre planetario», juzgador de profundidades, un trovador de lo humano, un visionario entre la vida y la muerte. «Escuchaba yo la música del mundo, el cántico de la familia universal

en la unidad planetaria. La angustia de la muerte se había esfumado ante la certeza de que la vida era una continuidad esencial que no desaparecía por sus cambios de forma. Comprendí que la muerte no era sino ‘una diferente manera de vivir’» (*Interpretaciones hispanoamericanas*: 57). Sus experiencias en el Ecuador, los viajes por el mundo tan «ancho y ajeno», sus lecturas de profundidades insólitas, las personas que admira sin límites, sus meditaciones, sus reflexiones sobre la complejidad del ser humano le conducen a la conclusión de que «[el] hombre lleva consigo una reunión de seres humanos. Un hombre es siempre plural. Es él y además los otros. Pero, asimismo es un conjunto de experiencias de otros seres y cosas. Este descubrimiento lo hice en el transcurso de una tentativa de un viaje al fondo de la tierra» y «un viaje al fondo del hombre» (56). Carrera Andrade en su poesía desarrollará estos mismos temas, lo que será una constante dominante en su producción literaria. Vale la pena recalcar que, si bien su trabajo literario y diplomático lo guía a exponer las necesidades inminentes del país, él se considera muy latinoamericano, por ende, cualquier país de este continente es su preocupación y su constante vigilia. A través de la unión de las naciones hermanas, ve reflejarse la luz de la esperanza y la consumación de sus ideales más nobles. En su poema «Las armas de la luz» la considera como el supremo bien:

Amistad de las cosas y de los seres  
 en apariencia solos y distintos,  
 pero en su voz cósmica enlazados  
 en oscura, esencial correspondencia  
 más allá de sus muertes, otras formas  
 del existir terrestre...

Todos los seres de agua, tierra y aire  
 especies interinas, vestiduras  
 mortales, sucesivas, de lo eterno.  
 En la escala que sube del guijarro  
 a la escama, a la hoja y a la pluma,  
 una armonía pávida interroga... (57)

Otro aspecto que se debe tomar en cuenta es que, en la temática de sus ensayos, no se ciñe a un plan estructural, sino que escribe lo que se le antoja, lo que le impresiona o lo que piensa debe exponerse bajo un criterio que juzga lo pertinente del momento y que va a ser relevante en el futuro. Su visión es cosmopolita en un mundo que se debate entre la soledad y la angustia, entre la desilusión y la amargura. *Latitudes* de 1934 describe la esencia de una Europa trizada por la Primera Guerra Mundial y la catástrofe económica de la Gran Depresión. En los años veinte, la nueva riqueza estadounidense rebosa

los límites del despilfarro en una economía adolescente y mal llevada. *The Great Gatsby* de Scott Fitzgerald refleja este síndrome. En los años treinta, un reparto ideológico tripartito cubre la escena mundial con ideologías variadas y contradictorias: comunismo, *hitlerianismo* y «el Nuevo Tratado» de Franklin D. Roosevelt. Europa se aproxima a un holocausto jamás experimentado antes. Hispanoamérica medita con zozobra el nuevo papel que le toca vivir. Estos acontecimientos cambian su percepción y destruyen la ilusión de que Europa patentiza la cultura y América la barbarie. Carrera Andrade está consciente, palpa esta decadencia y desasosiego económico, político y social de Occidente. Reacciona furibundo en contra de una tecnología mal dirigida. Se da cuenta de que la desocupación «crece arrolladora y millones de voces se alzan reclamando su derecho a la vida en el seno de las grandes capitales... El motor ha ahuyentado a la poesía y a la gracia y ha creado una belleza nueva: la belleza de lo monstruoso, de lo desmedido, de lo brutal, del dolor humano... La máquina ha engendrado también la nueva política. Ha echado a la calle masas sedientas de justicia. La máquina ha creado la masa. Donde no hay máquina no hay masa, sino pueblo» (*Latitudes*: 95, 94, 96). La base para este execrable caos europeo se halla particularmente en sus ensayos sobre Alemania, España, Francia, Italia y Rusia. Estados Unidos por fuerza entra en el escenario mundial por su ubicación hegemónica, secuela de Bretton Woods y, después, del Plan Marshall. Carrera Andrade, al respecto, ve a la ex Unión Soviética como el desafiante más idóneo del nuevo líder. En el campo económico no está de acuerdo con ninguna de las dos posiciones, pero a pesar de sus imperfecciones y en particular al comprobar que el pueblo ruso vive pobre y el Estado cada vez más poderoso, el comunismo será mejor en el futuro porque es un buen ejemplo de una doctrina económica aplicable. La estadounidense, sociedad consumista y pragmática, dista mucho de ser aceptada por el mundo. El maltrato al afroamericano es deleznable frente a un país que se precia de humanitario y demócrata. La actitud del intelectual latinoamericano ha sido recia en contra de la política exterior estadounidense. Carrera Andrade, con el correr de los años, modificó su postura como otros intelectuales, pero la mayoría es contraria y beligerante.

Esta temática se encontrará repetida en su poesía y su realidad hará asequible su melancolía, su limitación ante lo inevitable. Pero a pesar de todo, ganará su sentido de esperanza y volverá a ver en Europa el continente de la grandeza, del esfuerzo y el lugar irrefutable de la cultura. El mejor tributo de este optimismo dio fruto en su antología *Poesía francesa contemporánea* de 1951, pero habrá de ser el Japón el responsable del rehacer temático, aunque no hay una producción generosa que defina con certeza esta influencia. En su libro *Reflections on Spanish-American Poetry* indica que los poemas de su *País secreto* son el resultado de su estadía en la tierra del nipón.

Jorge Carrera Andrade, en su caminar literario nos ha legado una temática que resume el meollo de su obra: 1. Su gran amor por Ecuador y su posición frente al mundo. 2. Su ubicación como escritor, diplomático, propagador de la cultura e investigador ecuatoriano frente a otras naciones. 3. Su deseo de recolectar la esencia de las cosas simples y bellas que tonifican la vida y nutren el espíritu. ■

## BIBLIOGRAFÍA

- Beardsell, Peter R. *Winds of Exile*, Oxford, The Dolphin Book Co. Ltd., 1977.
- Carrera Andrade, Jorge. *Cartas de un emigrado*, Quito, Editorial Elan, 1933.
- *Latitudes*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1934.
- *Mirador terrestre*, New York, Las Americas Publishing Company, Cocce Press, 1943.
- *Rostros y climas*, París, Ediciones de la Maison de L'Amérique Latine, 1948.
- *El camino del sol*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959.
- *Galería de místicos e insurgentes*, Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959.
- *Presencia del Ecuador en Venezuela*, Editorial Colón, 1963.
- *Interpretaciones hispanoamericanas*, Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1967.
- *Reflections on Spanish-American poetry*, Albany, State University of New York Press, 1973.
- *El volcán y el colibrí*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1989.
- Gómez-Gil, Orlando. *Historia crítica de la literatura hispanoamericana*, New York, Holt, Rinehart and Winston, 1968.
- Menton, Seymour. *El cuento hispanoamericano*, cuarta edición, segunda reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Pérez, Galo René. *Literatura del Ecuador 400 años. Crítica y selecciones*, segunda edición, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2001.
- Valdano, Juan. *Prole del vendaval: sociedad, cultura e identidad ecuatorianas*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 1999.